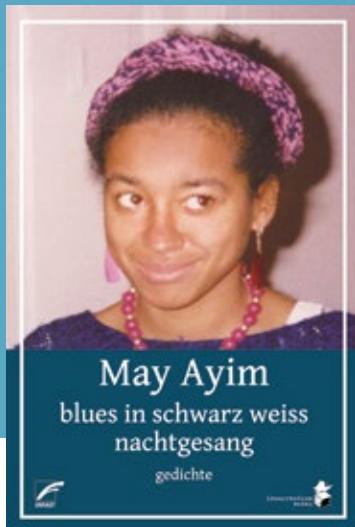


ISSN 0120-5587
E-ISSN 2422 3174
JULIO-DICIEMBRE

EDICIÓN
88
2025

REVISTA
**Lingüística
Literatura y**



afrekete

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n88a17>

Selnich Vivas Hurtado

Universidad de Antioquia
selnich.vivas@udea.edu.co

La poesía y el activismo social de May Ayim (Hamburgo, 1960 - Berlín, 1996) fueron impulsados por un sueño colectivo, cambiar el nombre de las cosas. Así de sencillo. Cambiar el modo en que se ha nombrado la infamia universal de la trata esclavista. Por inaceptable que pueda parecer, sus justificaciones religiosas y económicas sostienen las relaciones interpersonales y los tratos entre naciones y culturas. Por medio de la reescritura de su historia, May Ayim quiere hacer visibles las zonas más ocultas del progreso y la opulencia de las naciones poderosas del siglo xx. En parte ese sueño, como el de muchos hermanos y hermanas de la diáspora africana, no se ha cumplido y es importante recordar, como lo indica May en un verso escrito en portugués, que «A LUTA CONTINUA» (Ayim, 2023, p. 62) [que la lucha continúa]. De ese mismo sueño y de esa misma lucha provienen las obras de Maya

Recibido: 23/11/2024
Aprobado: 15/05/2025
Publicado: 30/07/2025

Angelou, Audre Lorde y Maryse Condé, autoras que conoció, leyó y vivió en sororidad. Del mismo sueño surgen, en otros lugares remotos, los poemas de Mary Grueso, Georgina Herrera y Conciénçao Evaristo, a quienes no leyó ni jamás encontró, pero sí intuyó en la intimidad, pues son mujeres que murieron varias veces, igual que May, antes de ser. Ellas también supieron ponerse de pie en la poesía para hablar por ellas mismas. El poema «grenzenlos und unverschämt» [sin límite y sin pena] de *blues in schwarz weiss* [blues en negro blanco] señala el derrotero de una poética pensada desde el diálogo con otras culturas de la diáspora africana: su búsqueda va hasta «wo meine schwestern sind/ wo meine brüder stehen» (Ayim, 2023, p. 69) [donde mis hermanas están/ donde mis hermanos se ponen de pie]. Hermanas y hermanos son todos aquellos que han conocido la opresión. La diáspora africana, provocada por el secuestro, la venta y la degradación de millones de seres humanos, supo fraguar caminos de libertad y de nueva humanidad para las futuras generaciones del mundo, gracias a la empatía generosa ante el sufrimiento mutuo. Culturas, lenguas y tradiciones espirituales distintas se sumaron unas a otras de modos misteriosos, con guijarros y retazos de memorias reprimidas, hasta dar lugar a una familia extendida combativa y libertaria. La África que fue esclavizada y racializada eran muchas Áfricas y sus expresiones siguen siendo oprimidas y excluidas en los centros de poder.

Desde el 2011 una calle en Berlín lleva su nombre: May-Ayim-Ufer. Un cambio de nombre impensable en Cartagena, donde no existe ninguna calle para Orika y donde se siguen celebrando los horrores del tribunal de la Inquisición. Ese cambio debido a las demandas de los movimientos sociales en Alemania que lucharon desde los años ochenta del siglo pasado por los derechos de las mujeres migrantes y afrodescendientes. Gracias, también, suponemos, a las denuncias de la ISD, la Iniciativa por los y las Afroalemanas, contra el racismo estructural y las herencias coloniales que permanecen intactas en las naciones europeas (Ayim, M., Oguntoye, K. y Schultz, D, 2021 [1986], p. 7). Antes la calle se llamaba Gröbenufer, en recuerdo de Otto Friedrich von der Gröben (1657-1728), el mayor de los señores coloniales alemanes en África y gobernador del fuerte Gross-Friedrichsburg, ubicado en lo que hoy es Ghana, país del que salió un día a finales de los años 50 su padre, Emmanuel Nuwokpor Ayim, para estudiar medicina en la Universidad de Hamburgo. ¿Cómo leer la crueldad de esa historia que celebra a los militares y nobles esclavistas alemanes en Ghana y olvida en Alemania a las hijas de los migrantes ghaneses?

Si acudimos a un principio de la filosofía afrochocoana, aquel que dice «vemoj pa’traj porque vamoj pa’lante» (Mena, Morales, et al, 2020, p. 11) o a la representación del tiempo a través de la *sankofa* de los ashanti, es decir, un ave que mira para atrás porque sabe que allí está el origen del futuro, entenderemos las confluencias y olvidos de eso que llamamos progreso y monumentalidad de las capitales europeas. El lujo y la exuberancia de la riqueza de los museos y las plazas en Lisboa, Madrid, Barcelona, París, Ámsterdam, Berlín, impresionan por su imponencia vacía. Joyas y mármol indolentes. Todo allí es de otra parte, aunque parezca propio y local. Ingresar a esos edificios y plazas produce indignación, pues nada informa sobre la concordancia entre el horror de la trata esclavista, el exterminio de pueblos enteros y la acumulación de tierras y riquezas. El lujo del Bode Museum o del Humboldt Forum, por ejemplo, oculta los siglos de saqueo. La historia de la riqueza de la Europa civilizada olvida mencionar el empobrecimiento al que se llevaron a las culturas invadidas y explotadas. En los museos se ostenta riqueza y en los parlamentos europeos se promueven políticas de expulsión para los desamparados.

En medio de esa bella contradicción berlinesa, sorprende que una calle, a la orilla del río Spree, se llame May-Ayim-Ufer. La palabra *Ufer* contiene el misterio de la paradoja en lo visible que oculta. Es una orilla, una ribera, una frontera, un lugar más alto que el nivel del agua del río. ¿En qué sentido la obra de May Ayim fue un modelo, un giro hacia una sociedad sin fronteras y más crítica, a pesar de sí misma? Maryse Condé (2023) definió la poesía de May Ayim como un «Ein winziger Hauch von Frühling inmitten eines deutschen Winters» (p. 16) [Un diminuto atisbo de primavera en pleno invierno alemán]. Ese rasgo consistía en la capacidad de May Ayim para sintetizar, ridiculizando y parodiando, la historia moderna de la Alemania reunificada y democrática que dejaba por fuera lo que no encajaba en lo supuestamente identitario y nacionalista. Una Alemania invernal que negaba la existencia de una población afroalemana primaveral. Población que también había hecho aportes significativos y durante varios siglos a la cultura alemana y a la reconstrucción de la Alemania destruida después de la Segunda Guerra Mundial. Para May no fue la reunificación alemana, sino más bien una «sch-einheit» (Ayim, 2023, p. 69), una aparente unidad que propició nuevas exclusiones contra los africanos, asiáticos, turcos, curdos, etc.

La obra de May Ayim constituye una tercera orilla del poetizar porque «noch heute beeinflusst May neue Generationen nicht nur als Afrodeutsche, sondern vor allem als Dichterin» (Popoola, 2023, p. 10)

[todavía hoy May influye en las nuevas generaciones no solo como afroalemana, sino sobre todo como poeta]. May marcó, con su escritura juguetona y conmovedora, el camino de la poesía cantada en las calles, ante las cámaras, en los bares, apoyada en el jazz y el blues y en los cantos africanos. Hoy podríamos decir que May sabía rapear. Con cuerpo de jovencita, pero con voz de vieja sabia (Condé, 2023, p. 16), recuperó la indomabilidad de la poesía de la Négritude y de las jóvenes afroeuropeas inconformes. Su humor corrosivo y directo desenmascaró la doble moral europea, pues supo hacer de esa revisión de la historia no una venganza, sino una «Konfrontation mit dem Tod» (Kraft, 2023, p. 238) [confrontación con la muerte]. ¿Qué lugar darle a la muerte después del exterminio de millones de seres? Tal vez invocarlos por medio del canto y cuidarlos con ofrendas mortuorias coloridas para alegrar la vida de muchas personas que sufren y sufrirán. May, consciente o inconsciente, dialogaba con los *orichas* de los yorubá y con los *adinkra* de los ashanti. Unos y otros aparecen sutilmente enunciados en sus poemas. En la edición de 2023 de sus dos libros de poesía, *blues in schwarz weiss y nachtgesang*, las editoras resaltaron la simbología de los *adinkra* y sumaron a sus páginas figuras que recuerdan la *sankofa*, la *ananse* y la *dwennimmen*, el retorno al origen, la sabiduría de la araña y la humildad del conocimiento, respectivamente. Con toda razón, Marion Kraft (2023) nos dice que «May hatte die unterschiedlichen Welten, in denen sie lebte, versöhnt» (p. 238) [May había reconciliado los diferentes mundos en los que vivía]. Los encuentros entre África y Europa y las aportaciones de la diáspora africana en América no le fueron ni ajenos ni desconocidos. Por el contrario, ella se reconoció en múltiples ancestrías, lenguas y tradiciones. Su invención de África incluyó el encuentro con mujeres afrodescendientes en Europa que escribía en inglés y francés, estancias en comunidades afrofeministas de Estados Unidos, ceremonias rituales en Cuba y Brasil y visitas a Ghana y Etiopía para buscar la familia del padre.

La flecha con el nombre de la calle en la May-Ayim-Ufer apunta hacia una fotografía y un texto inserto dentro de dos láminas de silicona. Ambos, foto y texto, bastante descuidados, como todo en Alemania por estos años, advierten del olvido y el desdén por los logros sociales de un movimiento marginalizado. La calle, ahora llena de presencias inquietantes, drogas y consumidores, que quizá jamás se preguntarán por la importancia de la poesía afroalemana para la reunificación, fue lugar de peregrinaciones por parte de nuevos poetas afroalemanes y de poetas afrodescendientes extranjeros. La invención de la palabra «afrodeutsch» (Ayim, M., Oguntoye, K. y Schultz, D, 2021 [1986], p. 20) fue en los años 80 del siglo pasado, y es todavía, un vocablo incómodo para

historiadores, sociólogos, libreros, poetas y lectores, una antinomia radical e inaceptable para la tradición fuertemente masculina y filosófica desde Friedrich Schlegel hasta Hans Magnus Enzensberger. Allí no había lugar para una mujer ashanti transgresora de los valores sociales ilustrados centroeuropeos y menos para una mujer afroalemana que escribía contra la Alemania reunificada en la lengua de Else Lasker-Schüler, Nelly Sachs y Gertrud Kolmar. La antinomia produjo una doble exclusión: ni africana ni alemana o, más cruel, ambas en tensión y dolorosamente a la vez. Por sencilla que parezca, la voz poética de Ayim juega un papel político terriblemente vigente, pues recuerda las luchas libradas por millones de personas en el mundo que han sabido superar la indignidad y la ignominia hasta construir territorios libres. Audre Lorde (2021) nos recuerda que la poesía de Ayim es fundamentalmente un camino hacia la “Selbstbestimmung und Erhebung” (p. 24) [autodeterminación y el levantamiento]. Dos aspectos comunes a los millones de mujeres afro que tuvieron que resarcirse con su propio esfuerzo, trabajo y resiliencia frente a todas las formas de la opresión. May vivió como sus hermanas afroeuropeas una «unsichbar-blutige Kindheit» (Lorde, 2021, p. 24) [una infancia imperceptiblemente sangrienta]. El poema «dunkelheit» [oscuridad] lo expresa musical y visualmente con maestría. En medio de una imagen estremecedora resume el desprecio que sufre en Alemania una niña afro sin padre ghanés ni madre alemana ni territorio ni cultura. La herencia colonial repetía los parámetros de lo indeseado. Tener una hija no blanca era una vergüenza. Para quedar bien ante una mujer afroalemana, una pasante declara, según otro poema, que no es tan grave ser negra en Alemania, pues lo peor es ser turca. Por lo menos, le dice la pasante, «de keine Türkin bist» (Ayim, 2023, p. 33) [tú no eres una turca]. Esas prevenciones y esos rechazos a la heredad intercultural mueven a la madre y al padre de May a una causa sin salida. Así en el poema «dulkelheit» se cuenta a gran velocidad que

 eine frau ein mann ein kind
 die frau sehr jung
 der mann nicht viel älter
 das kind gerade geboren - schreiend (Ayim, 2023, p. 29).

En la gran mayoría de los poemas de May Ayim las palabras se escriben en minúscula, a la manera de Stefan George. Pero aquí no se trata apenas de un distintivo de estilo o de una mera transgresión a la norma gramatical que pide que se escriban los sustantivos con mayúscula inicial. Lo minúsculo, lo plano, lo que no debe llamar la atención es justamente, en una sociedad blanqueada, lo que no pasa desapercibido

por la educación del afecto. Eres negra, pero no es tan grave. Por los menos no eres turca. El desprecio duele todos los días. Ser diferente es lo que te dice todos los días y eso es lo peor. Alguna vez le gritaron a May, pero qué bien hablas el alemán, dónde lo aprendiste. En sus poemas se grita en alemán desde el momento de la gestación. La estrofa anterior dice:

una mujer un hombre una bebé
la mujer muy joven
el hombre no tan mayor
la bebé recién nacida - gritando

A la falta de preparación para ser padre y madre, se suman las diferencias de edades, las distancias culturales y el miedo al racismo. Algo no encaja en ese embarazo inesperado. No se siente el deseo de ser parte de una pareja o de una familia intercultural, ni mucho menos la disposición de acompañar a una vida que necesita cariño y cuidado. El nacimiento coincide con el rechazo. En el mismo poema, se indican las consecuencias del embarazo no deseado:

der mann brachte
die frau zum kind
die frau brachte das kind
ins heim (Ayim, 2023, p. 30)

el hombre llevó
la mujer hacia la bebé
la mujer llevó la bebé
a un orfanato.

Una mamá alemana, muy joven, de la cual no se sabe más que eso, entregó la bebé a un orfanato para que nadie de su familia supiera que había tenido una hija con un africano. Lo alemán en esta historia estereotipa lo blanco, la piel clara, como lo puro; mientras que lo africano, la piel oscura, se relaciona con lo degradado. Esas etiquetas, de origen colonial y aplicadas a rajatabla en las colonias europeas en África y América, impiden el amor a una niña que necesitaba la compañía de padre y madre para hacerle frente a los racismos virulentos fuera de la familia. Pero lo que más recuerda esa niña fue vivir el racismo desde el vientre de su madre, quien no quería tenerla ni cuidarla. El padre, un estudiante extranjero, no la pudo recuperar del orfanato y cómodamente se plegó al modelo de padre ausente que pocas veces visita a la hija. En esa coyuntura, la niña crece con una doble imposibilidad

de ser lo que no es. En las culturas de la diáspora, no se puede ser exclusivamente como la madre ni se puede ser exclusivamente como el padre, aunque ambos pertenezcan a la misma cultura. En el caso de que pertenezcan a culturas distintas, siempre se es un ser en tránsito y en geografías coexistentes:

ich werde trotzdem
afrikanisch
sein
auch wenn ihr
mich gerne
deutsch
haben wollt
und werde trotzdem
deutsch sein
auch wenn euch
meine schwärze
nicht paßt (Ayim, 2023, p. 69).

yo seré
de todos modos
africana
aunque vosotros
a mí con gusto
me queréis volver
alemana
y seré de todos modos
alemana
aunque a vosotros
mis oscuridades
no os encajan.

En la pregunta qué es ser alemana, se evidencia una construcción que ha dejado por fuera la diversidad de sus formas y apariciones. El mismo caso se aparece en la pregunta qué es ser africana. Construcciones ambas que responden a identidades fósiles, esquematizadas y reforzadas por el odio social. Fuera de ese esquema no sería posible comprobar qué es lo uno o lo otro. En la historia antigua de las culturas europeas sería imposible afirmar que no tienen ni raíces ni herencias africanas. Sería una expresión de la ignorancia y de la maledicencia. Del mismo modo, no es posible afirmar que todas las culturas que habitan en el continente africano tienen la misma apariencia física o las mismas costumbres. Por consiguiente, si una mujer nacida

en Hamburgo, cuya primera lengua es el alemán y que además nunca conoció a su madre alemana ni tampoco habla la lengua del progenitor africano, no puede ser excluida de la pertenencia a una cultura y a una sociedad alemanas ni tampoco se le puede cuestionar su búsqueda de otros idiomas europeos, francés, inglés, portugués, español, en la reconstrucción de su reinención africana. Pero lo triste es que esa cultura y esa sociedad dominantes lo hacen cotidianamente. En Alemania y en Austria y en Suiza. La dejan por fuera. Esperan que no se vea africana y que sea alemana, austriaca, suiza. Al mismo tiempo suponen que ser africana le impide ser realmente europea. Esta manera de tratar las identidades y las culturas agudiza, en cualquier sociedad, las violencias epistémicas y de género. En el peor de los casos, para los alemanes, no existe una poesía afroalemana porque lo alemán no tiene nada que ver con lo africano y lo afrocariéño. No encajan las partes. Para ser una poeta alemana May debía tener una apariencia ajustada a la mayoría y hablar y escribir un alemán culto y referirse a asuntos ligados directamente a la cultura alemana.

Poemas escritos en alemán en homenaje a los líderes del movimiento negro en el mundo, digamos, Yaa Asantewa, Anton Wilhelm Amo, Sojourner Truth, Marcus Garvey, Martin Luther King, Malcolm X, Steven Biko, no son temas de interés para los alemanes. Lo mismo sucede con los poemas/oríkì en ofrenda a las víctimas del racismo en Alemania, por ejemplo, Yoliswa Ngidi, Ana Herrero-Vilamor y Antonio Amadeo. Esas muertes no merecen un *Stolperstein*, una placa conmemorativa en las calles. En la poesía de May Ayim, por el contrario, tienen un lugar de privilegio y nos invitan a defender y celebrar la vida por fuera de los racismos. Su palabra nos seduce, pues, hay otro concepto para patria que está por fuera de las racializaciones funcionales. Para May Ayim (2023),

meine heimat
ist heute
der raum zwischen
gestern und morgen
die stille
vor und hinter
den worten
das leben
zwischen den stühlen (p. 147).

mi patria
es hoy

el espacio entre
ayer y mañana
el silencio
previo y posterior
a las palabras
la vida
entre los asientos.

Hoy —ese hoy que está en todas partes, en Berlín, en Medellín, en Lisboa— nos devuelve la confianza en otra humanidad, una dispuesta a la escucha entre hermanas y hermanos. Una futura humanidad entusiasta de la poesía que nos permita soñar juntas, en varias lenguas al mismo tiempo, en lenguas africanas, afrodiáspóricas y europeas. El poema «Afrekete», la designación caribeña para Eshu o Elegba, es decir, el concepto ancestral para trámposa e ingeniosa, le permite a May Ayim, seguidora de Audre Lorde, reinventarse en transgresiones, desafíos y añoranzas. Nos gustaría acompañar este movimiento de vida entre dos asientos, nos gustaría saber «wohin du träumst» (Ayim, 2023, p. 48) [con qué sueñas], y si es posible acompañar ese sueño, aunque fuere tan solo «für ein kleines stück» (p. 48) [por un momentico].

Referencias

- Ayim, M. (2023). *Blues in schwarz weiss / Nachtgesang. Gedichte.* Unrast.
- Ayim, M., Oguntoye, K. y Schultz, D. (2021 [1986]). *Farbe bekennen. Afro-deutsche Frauen auf den Spuren ihrer Geschichte.* Orlanda.
- Popoola, O. (2023). Vorwort zur Neuauflage. En: Ayim, M. *Blues in schwarz weiss / Nachtgesang. Gedichte.* Unrast, pp. 7-11.
- Lorde, A. (2021). Gefährtinnen, ich grüße euch. En: Ayim, M., Oguntoye, K. y Schultz, D. *Farbe bekennen. Afro-deutsche Frauen auf den Spuren ihrer Geschichte.* Orlanda, pp. 23-25.
- Condé, M. (2023). Grußwort. En: Ayim, M. *Blues in schwarz weiss / Nachtgesang. Gedichte.* Unrast, pp. 15-16.
- Kraft, M. (2023). Nachgedanken. En: Ayim, M. *Blues in schwarz weiss / Nachtgesang. Gedichte.* Unrast, pp. 235-239.
- Mena, A., Morales, M. et al. (2020). *Diálogo de saberes. Hacia una política de investigación para la implementación de la diversidad epistémica en la Universidad de Antioquia.* GELCIL.